

Exposicion de las Verdades que debemos creer

MISTERIOS EN GENERAL

TRES PRINCIPALES MISTERIOS

La fe, que es la primera de las virtudes teologales, se llama con este nombre porque el mismo Dios es su objeto inmediato. Así pues, Dios, y todas las verdades reveladas por Dios y definidas por la Iglesia, son el objeto de nuestra fe. Pero como entre estas verdades hay algunas superiores á nuestra razon, y que no podemos comprender, se las llama *misterios*. Preguntareis quizá, ¿os parece racional creer misterios que no se comprenden? Es lo mismo que preguntar, 1º si Dios sabe mas que el hombre, y si puede obligarnos á creer verdades que exceden el alcance de nuestro entendimiento. Para cualquiera que sabe enlazar dos ideas, no es dudosa la respuesta á esta pregunta. Por otra parte, cuando creemos misterios bajo la palabra de Dios, propiamente hablando, no so-

metemos nuestra *razon*, sino únicamente nuestra *ignorancia*. Nos atenemos al mas vulgar buen sentido que nos dice que las pruebas positivas é invencibles de la Religion deben prevalecer sobre nuestra ignorancia, lo mismo que el astrónomo se atiende á su telescopio para conocer los mundos superiores que el ojo por sí solo no puede alcanzar.

Es lo mismo que preguntar, 2º si debemos creer en alguna cosa. En efecto, todo es misterio encima, debajo, dentro, fuera y en redor de nosotros, y no comprendemos el *todo de nada*. Por ejemplo, ¿comprendeis cómo y por qué el fuego quema, el aire nos hace vivir, y la luz alumbra? ¿Comprendeis cómo se multiplica el grano de trigo arrojado en la tierra, ó qué es lo que produce en los animales ese instinto maravilloso que los guía? Sin embargo, ¿os ha sucedido jamás, ni á un solo hombre, tener la menor duda sobre todos estos hechos? Los creéis, aunque como yo, no los comprendais, ni los comprenda un sabio cualquiera. Pues si es así, hombre débil y altivo, que ni á tí mismo te comprendes, y ni aun el grano de arena que pisoteas, ¿tienes valor de tratar de no admitir sino lo que comprendes! Por todas partes hay misterios en la naturaleza; y añadimos que si no los hubiera en la Religion, esta seria falsa; porque si la Religion es verdadera, procede de Dios. Ahora bien, desde que Dios se digna revelarnos lo que es en sí mismo, lo que ha hecho y lo que quiere hacer por nosotros, es imposible que estas verdades no sean misterios. Un ser infinito no puede ser compren-

sible para un ser limitado, ni en su naturaleza, ni en sus decretos, ni en su conducta.

Los misterios del Cristianismo, como legítimo objeto de la fe de todo hombre racional, merecen todo su reconocimiento, pues sus beneficios son innumerables ó incesantes, tanto para la sociedad como para el individuo. 1º Han dado un freno para la vana curiosidad de nuestro espíritu, y han puesto al abrigo de su exámen y sus sofismas las verdades que sirven de fundamento á la razon como á la conducta; Dios, al obligarnos á creer ciertos dogmas, dice al espíritu del hombre como al mar: *Llegarás hasta aquí, pero aquí se estrellará tu orgullo.* (1) ¿Se dirá que es un mal el que Dios haya dado diques al océano? Así pues, al revelarnos el misterio de un solo Dios, infinito, incomprendible, Criador y gobernador del universo, y al imponer la obligacion de creerle, el Cristianismo ha desterrado de la imaginacion de los pueblos la multitud de divinidades extrañas que se creían esparcidas por toda la naturaleza. Al proscribir, pues, la idolatría, ha cercenado los vanos terrores, las supersticiones y los crímenes que le eran inseparables, que la acompañan aun en el día, y que están siempre prontos á renacer en los espíritus débiles.

2º Los misterios del Cristianismo sirven de base á todas las virtudes. Es cierto que en las falsas religiones ha habido *misterios*, pero léjos de inclinar á los hombres á la vir-

[1] Job. XXXVIII, 11

tud, servían de modelo y de alimento al crimen. Los del Cristianismo, por el contrario, excitan á la virtud y fundan la moral, sugiriendo motivos de amor y reconocimiento hácia Dios, de caridad para con nuestros hermanos, y de vigilancia sobre nosotros mismos. Vamos á hacer palpable esta verdad poco conocida.

El augusto misterio de la Santísima Trinidad es, por ejemplo el primer objeto de la fé católica. Pues bien, nada hay más propio para realzar nuestro espíritu que el conocimiento de este dogma fundamental, ni para inflamar nuestro corazón, que las lecciones de sublime moral que de él se desprenden. Hay un Dios, y no hay más que uno, que es infinito; eterno y Todopoderoso; que ha criado y gobierna todo cuanto existe; y hay tres personas en Dios, que son: Padre, Hijo y Espíritu Santo, cada una igualmente Dios, pero que no forman más que uno solo, no teniendo más que una misma naturaleza y una misma divinidad.

El Padre Eterno, Criador y moderador del mundo, no procede de nadie.

El Hijo, sabiduría eterna y esplendor de su Padre, procede del Padre solo; es el Hijo de Dios segunda persona de la Santísima Trinidad, y El únicamente se encarnó. En el Hijo Dios hecho hombre, que se llama Jesucristo, hay dos naturalezas, la divina y la humana, y por consiguiente dos voluntades, la divina y la humana; pero no hay en El más que una sola persona, la del Hijo de Dios; así como en cada uno de nosotros hay dos naturalezas, la corporal y la espiritual,

el cuerpo y el alma, y sin embargo no somos más que una sola persona. Jesucristo padeció en su cuerpo y en su alma, murió en una cruz para rescatarnos, su cuerpo fué amortajado y puesto en el sepulcro, resucitó al tercer día por su propia virtud, y subió en triunfo al cielo donde goza el mismo poder que el Padre y el Espíritu Santo, y de donde vendrá al fin de los siglos á juzgar á los vivos y á los muertos.

El Espíritu Santo, Tercera persona de la Santísima Trinidad, amor sustancial del Padre y del Hijo, procede del uno y del otro. El Espíritu Santo no ha sido hecho ó criado, ni ha sido enjandrado, y la fé nos dice únicamente que procede; es el santificador y la vida de nuestra alma, la cual sin El está en un estado de muerte; sin su gracia nada podemos hacer para nuestra salvacion, y no cesa de ayudar á la Iglesia.

Tal es la doctrina de la fé sobre el misterio de la adorable Trinidad y sobre las operaciones atribuidas á cada una de las Tres Personas. Comprended la importancia y las ventajas de este punto fundamental: quitad del Símbolo católico el dogma de la Trinidad, y se desmorona todo el edificio de la Religión cristiana, pues no hay religion fuera del Cristianismo. Luego si esta es la base de la sociedad, es preciso deducir que el misterio de la adorable Trinidad que es el fundamento de la Religión, es el eje del universo.

Y además este punto fundamental de nuestra creencia no se nos presenta como un ar-

tículo de fé puramente especulativo, sino como un objeto de admiracion, de amor y de reconocimiento; como el sublime modelo de la caridad que debe reinar entre nosotros y debe llegar hasta la *unidad*. Tal es el deseo del Redentor: que sean *uno* entre ellos, dice, como tres personas divinas son *uno* entre ellas (1). En efecto, el misterio de la Trinidad nos muestra á Dios siempre de acuerdo consigo mismo, eternamente contento de su eterna felicidad, y sin embargo siempre ocupado en nuestra dicha, de que forma el fin único de todos sus designios y de todas sus obras,

El Padre crió al mundo para su gloria y nuestra felicidad, y no hay una de sus innumerables criaturas que no haya sometido á nuestro imperio y destinado á nuestros usos ó á nuestros placeres, Despues de haberlo criado, lo conserva y lo rige por medio de las leyes de su suave Providencia.

El Hijo consustancial al Padre, tuvo á bien hacerse fiador del hombre culpable, para sustraerle al justo castigo que tenia merecido, y restituirle la felicidad que habia perdido. Para esto se dignó revestirse de nuestra carne y nuestras flaquezas, habitar entre nosotros para servirnos de maestro y de modeló, y dió su vida por nosotros. ¡Oh prodigio de bondad! se da aún todos los dias bajo la forma de un alimento familiar, con objeto de unirse más estrechamente con sus hermanos.

El Espíritu divino, amor esencial del Pa-

[1] Joan. XVII.

dre y del Hijo, despues de haber hablado á los hombres por medio de los Profetas, nos fué enviado para ilustrarnos é instruirnos; y comunicado por medio de los Sacramentos, obra la Iglesia. Estas ideas no solamente son grandes y sublimes, sino afectuosas y consoladoras, y elevan el alma y la enternecen. Dios, á pesar de ser todo grande, se ha ocupado de mí desde la eternidad, y todo su ser, por decirlo así, se ha apropiado á mis usos. El hombre, aunque débil y pecador, es, por consiguiente, precioso á Dios, quien no solamente es mi Criador y Maestro, mi bienhechor y Padre en el órden de la naturaleza, sino tambien mi Salvador en el órden de la gracia, mi Consolador en mis penas, el amigo íntimo é inseparable de mi alma, y mi recompensa eterna. Me prescribe la virtud, pero me ayuda á practicarla; me ha dado el ejemplo, y me muestra desde léjos el premio. ¿Y es de admirar que esta doctrina haya hecho Santos?

De estas ideas interesantes nacen los sentimientos de humanidad, caridad y fraternidad hácia nuestros semejantes. A pesar del imperio de las pasiones, estos sentimientos brillan aún en el Cristianismo, y han hecho brotar esa multitud de instituciones útiles de que ninguna otra religion tiene ni siquiera idea.

Exámen general del Símbolo de los Apóstoles

Sus ventajas y sublimidad.—Historia.

Durante los cuarenta dias que pasó Nuestro Señor en la tierra con sus Apóstoles despues de su resurreccion, les enseñó á fondo los medios con los cuales los hombres debian unirse á El para participar de su redencion. No se contentó con decirles en general: El que crea se salvará, sino que les enseñó lo que debe creerse, y les encargó que lo anunciasen á todas las naciones. Dóciles los Apóstoles al mandato de su divino Maestro, compusieron un resúmen de su doctrina, llamado por esta razon el *Símbolo de los Apóstoles*: Lo redactaron antes de separarse, y se lo llevó cada cual á su mision particular, para que todos los Cristianos no tuviesen mas que una misma creencia, y supiesen desde luego las verdades fundamentales de la Religion.

Así pues, á decir verdad, no hay en la Iglesia mas que un solo Símbolo, el de los Apóstoles, aunque se cuenten cuatro: el de los Apóstoles que vamos á explicar; el de *Nicea*, que es el mismo de los Apóstoles, al cual añadió el concilio Niceno celebrado en 325 algunas explicaciones para confundir á los Arrianos que negaban la divinidad de Nuestro Señor. Por ejemplo, en el artículo 2º dice: "Creemos en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, engendrado del Padre, Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado y no hecho, y consustancial al Padre por quien todo fué hecho." El Símbolo de *Constantinopla*, que solo es tambien el de los Apóstoles, desenvuelto contra los Macedonianos que negaban el Espíritu Santo, por el Concilio celebrado en 381, que dice en el artículo 9º: "Creemos tambien en el Espíritu Santo, Señor vivificador, que es adorado y glorificado con el Padre y el Hijo." Las palabras: Que procede del Padre y del Hijo, fueron puestas por la Iglesia contra los errores de los Griegos relativos á la procedencia del Espíritu Santo; y lo mismo sucede con estas palabras: "Criador de las cosas visibles é invisibles," opuestas á los errores de los Maniqueos. Pero en todo esto no hay adición sino una explicación. Finalmente, el Símbolo de *San Atanasio*, resumen de la doctrina de este gran defensor de la Iglesia, y que explica admirablemente los misterios de la Trinidad y de la Encarnación.

El Símbolo, compuesto de doce artículos, puede dividirse, segun algunos doctores, en

tres partes: La primera nos enseña lo que debemos creer acerca del Padre; la segunda sobre el Hijo, y la tercera, lo relativo al Espíritu Santo. La obra de la creación se atribuye al Padre: *Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del Cielo y de la tierra.* La de la redención, al Hijo: *Y en Jesucristo su único Hijo, Nuestro Señor,* etc. La de la santificación, al Espíritu Santo: *Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia católica,* etc. Aunque se atribuya al Padre la obra de la creación, al Hijo la de la redención y al Espíritu Santo la de la santificación, estas obras son, sin embargo, comunes á las tres personas.

Segun otros teólogos, el símbolo se divide solamente en dos partes: la una compuesta de los ocho primeros artículos, nos enseña á conocer á *Dios nuestro Padre*, y la otra, de los cuatro últimos, á la *Iglesia nuestra madre*.

El Símbolo no solamente nos da de Dios y de la Iglesia esa noción clara y sublime que eleva á tanta altura la inteligencia de los pueblos cristianos, sino que nos instruye además sobre el hombre y sobre el mundo con una precisión, que será la desesperación eterna de todos los forjadores de sistemas. En efecto, el Símbolo nos enseña, *sobre el hombre*, que fué criado por Dios, que es libre en sus acciones, y por consiguiente, que tiene un alma espiritual; que pecó; que Dios lo rescató; que vendrá á pedirle al fin de los siglos cuenta exacta de los medios que le dió de aprovecharse de su redención; que nos unen lazos sagrados de caridad, y no hacen de todos los Cristianos mas que los miembros de

un mismo cuerpo; que todos tenemos los medios de conservar nuestra union con el segundo Adam y con nuestros hermanos, ó de restablecerla si llega á romperla el pecado, y que todos resucitaremos para vivir eternamente felices ó desgraciados segun nuestras obras.

El Símbolo nos enseña, *sobre el mundo*, que fué criado por Dios, que está regido por una Providencia universal, suave ó infalible, y que tendrá un fin.

Para apreciar todo lo que hay de sublime en la sencillez del Símbolo católico, adviértase cómo traza á largos rasgos la historia del hombre y del mundo; adviértase ademas que cada uno de sus artículos reduce á polvo una multitud de sistemas absurdos, soñados por los filósofos gentiles, sobre Dios, el hombre y el mundo, y renovados con tan poca ver-güenza por los filósofos modernos; y finalmente que cada palabra es un rayo de luz que desvanece una parte de las tinieblas en que la razon estaba envuelta desde el pecado original, y la reunion de todos estos rayos luminosos forman el sol de la verdad, ante el cual desaparecen todos los errores, como las sombras de la noche ante el astro del día. Preguntamos á todo hombre de buena fé: ¿Es posible hallar nada mas venerable, mas útil, mas sublime y mas consolador que el Símbolo católico? A él debe el mundo moderno sus creencias, sus luces y sus costumbres. ¿Dígame ahora que los misterios son inútiles, ó que repugnan á la razon!

La verdad del Símbolo católico se da á conocer de tal modo, que, cuando nuestros pa-

dres en la fé la oponian á los errores gentílicos, los jueces, confundidos, ni aun trataban de responder; y se contentaban con emplear la lógica de los tiranos: su boca pronunciaba una sentencia de muerte. Un niño de siete años fué citado ante el magistrado Asclepiades, perseguidor de los Cristianos: "¿Quién eres?" le preguntó el juez.—"Soy cristiano católico;" y el niño le recitó el Símbolo y todo lo demas que habia aprendido en el Catecismo. Esta ingénua profesion de fé irritó al tirano; sin embargo, moderando exteriormente su furor, mandó llamar á la virtuosa madre del tierno héroe, y azotaron en su presencia al niño con tal crueldad que pronto quedó bañado en sangre. Tan horrible espectáculo hizo verter lágrimas á todos los circunstantes. Mientras despedazaban su cuerpo, aquel niño de bendicion confesaba á Jesucristo, á quien su digna madre ofrecia el sacrificio de su hijo con una constancia que admiraba á los gentiles. El tierno mártir miró con ternura á su piadosa madre, y le dijo: "Tengo mucha sed," y ella le respondió: "Hijo mio, ten un poco mas de paciencia y llegarás bien pronto á la fuente de la vida, y Jesucristo te dará para beber una agua viva que te apagará la sed para siempre." Fuera de sí de cólera al ver la firmeza heroica del niño y de la madre, Asclepiades mandó que cortasen la cabeza al jóven atleta que no habia podido vencer. Su madre lo tomó en sus brazos, y le dió un último beso, que fué tan tierno como religioso, y devolviéndolo al verdugo, dijo estas palabras del Profeta: *¡La muerte de sus santos es preciosa delante del Señor!*

No basta admirar el Símbolo, es preciso entenderlo: las verdades contenidas en él se llaman artículos segun una comparacion empleada con frecuencia con los Padres. Así como los miembros del cuerpo se separan y distinguen por medio de *articulaciones*, del mismo modo se ha dado con mucha exactitud y razon el nombre de *artículos* á las verdades que debemos creer en particular y de un modo distinto en la confesion de la fé.

EXPLICACION

DE LOS

PRINCIPALES MISTERIOS

DE NUESTRA

SAGRADA RELIGION,

PARA MAYOR CLARIDAD Y COMODIDAD

DE LA JUVENTUD.

*Se ha sacado de los Catecismos de los Padres
de las Escuelas Pias y Clicquet, y
corregido en esta última edicion.*

Edicion hecha para el uso de las
Escuelas católicas de la
Diócesis de Leon.

AÑO DE 1881.

TIP. DE J. M. MONZON.

Calle de la Plaza de Gallos núm. 36.